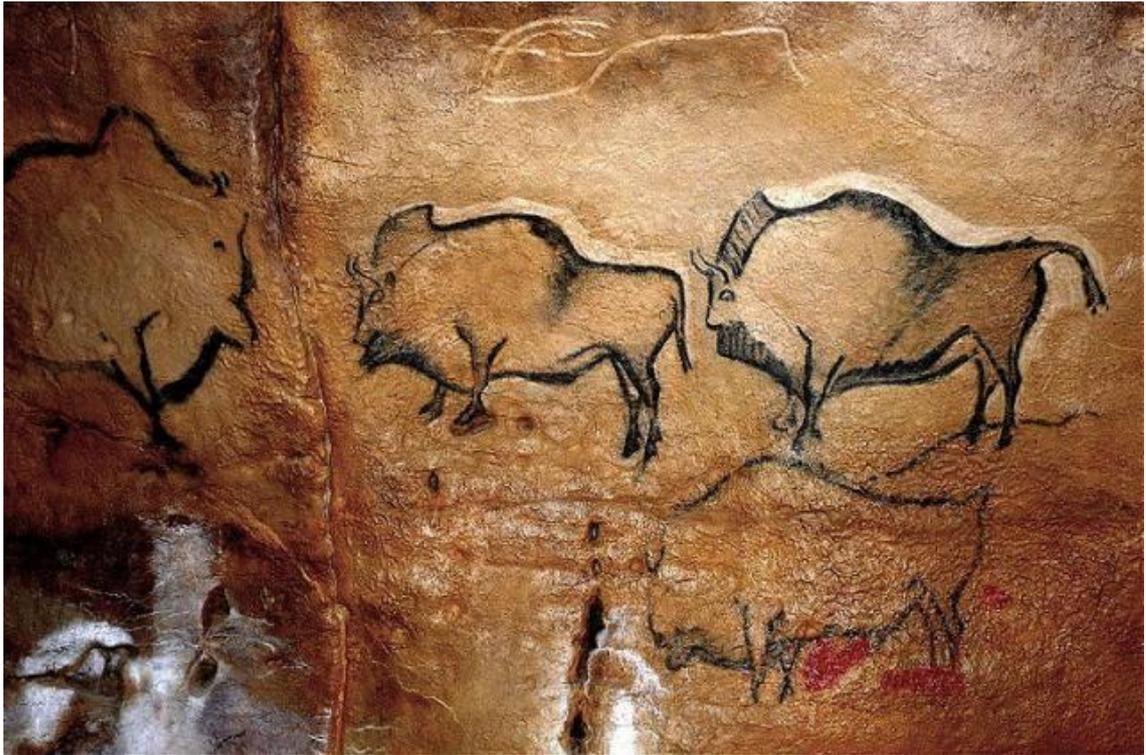


LEÓN DENIS

EL PROGRESO

Conferencia realizada en Tours, en la sala del Cirque el 29 de febrero de 1880 y en Orleans, en la Sala del Instituto el 4 de abril de 1880



La Infancia de la Humanidad
Caverna Lascaux

CONTENIDO RESUMIDO

El Progreso se constituye en uno de los discursos del gran filósofo espírita Leon Denis, que fue publicado en Tours, en el año 1880. La conversión de ese discurso en el libro fue hecha por el autor debido a su gran receptividad junto

a sus admiradores, conforme el propio declara, en la introducción de esta obra.

Un texto envolvente, en el cual el maestro Denis analiza, con grandeza de alma, el progreso político, o social, el religioso y el progreso en la inmortalidad.

Su discurso aborda el progreso de las ideas e instituciones.

Denis demuestra, en esta obra, que el progreso es una ley natural, que el hombre puede obtenerlo, a través de sus elecciones, mas no puede detenerlo. Y también, que cabe él consultar su conciencia para saber cómo nortear sus acciones, en el sentido de progresar y colaborar en la construcción de un mundo mejor.

“¡Que espectáculos, que maravillas representan para nuestra vida esos mundos longincuos, que variedad de sensaciones que se pueden recoger de esos universos! Y esas almas prosiguen su viaje en la inmensidad, hasta que, sometidas a la ley eterna, retoman órganos nuevos, se fijan sobre uno de esos mundos para cooperar, por el trabajo, para su adelantamiento, para su progreso.

¡Ante esos horizontes inmensos, como nuestra Tierra queda pequeña! ¿Y, ante tales perspectivas, se puede temer a la muerte?

Leon Denis

El Genio Céltico y el Mundo Invisible

Sumario

Prefacio

El Progreso se constituye en uno de los discursos del gran filósofo espírita Leon Denis, que fue publicado en Tours, en el año 1880. La conversión de ese discurso en obra literaria fue hecha por el autor debido a su gran receptividad junto a sus admiradores, conforme el mismo declara, en la introducción de esta obra.

Hagamos un poco de historia. Denis fue orador brillante y los años dedicados a la divulgación oral lo consagraron como excelente conferencista. Una particularidad de su oratoria es que el escribía y leía sus discursos. Tal particularidad le daba material permanente para hablar y, al mismo tiempo, permitió que llegase hasta nosotros algo de aquel período brillante, sin duda alguna, de nuestro querido maestro.

Nos dice Henry Renault, en La Muerte no Existe, que el célebre libro El Porqué de la Vida fue publicado, inicialmente, como base para un sin número de palestras en torno del asunto.

En El Progreso Denis nos muestra toda su cara elevada y liberal. El fue capaz de analizar, al mismo tiempo, con grandeza de alma, el progreso político, el social, el religioso y el progreso en la inmortalidad.

Tales estudios nos demuestran cuanto tenemos aún que aprender. La manera distinta, serena y coherente del autor nos dice muy bien como el dirigía su pensamiento para la noble causa del Espiritismo, del cual se consagro un verdadero apóstol.

En fin, nos cabe destacar que este discurso, a pesar de publicado en 1880, conserva su contenido actual, noble, dirigido a tantos cuantos querían estudiar y trabajar sus ideas, según la Doctrina Espírita.

Tomamos conocimiento de este libro a través de una publicación de la Biblioteca Nacional de Brasil, que hablaba de la existencia del mismo en la Biblioteca Nacional de Francia.

La copia del original nos llegó a las manos gracias al desvelo de amigos brasileños residentes en Francia.

Que todos tengan una buena lectura.

Altivo Carissimi Pamphiro.

Introducción

Este discurso no estaba destinado a la publicidad. La acogida que se le dio y la insistente invitación de un gran número de mis oyentes fueron las únicas razones por las que decidí llevarlo a imprimir. Mis anotaciones me permitió reconstituirlo fielmente y, para el entendimiento de ciertos puntos de la doctrina, que podrían parecer oscuros, pensé que debería acompañarlos de un comentario filosófico.

León Denis.

PRESENTACIÓN

Señoras, Señores:

El asunto que escogí es vasto, inmenso. Para tratarlo en una única conferencia es necesario circunscribirlo en estrictas metas, imponiéndole restrictivos límites.

También dejare de lado todo lo que se refiere al progreso material. ¿Qué os podre decir del progreso material que no conozcáis anticipadamente? Para ser colocado en condiciones de ser entendido, bastaría, con efecto, lanzar vuestras miradas a vuestro alrededor: la visión de la actividad industrial, comercial, , las vías férreas cortando

nuestros campos, aproximando los pueblos, desenvolviendo en todos los lugares el trabajo y el bienestar, en una palabra, el espectáculo de la materia por toda partes dominada, sometida a la voluntad humana, ejecutando sus menores fantasías, ese espectáculo os hablara mejor que las palabras.

Por tanto, yo me limitaré a entreteneros con el progreso de las ideas, de las instituciones, y para no abusar mucho de vuestra atención, entro de lleno en el asunto.

Capitulo 1º

¿QUÉ ES EL PROGRESO?

León Denis

Libro: El Progreso

El progreso es la aspiración a lo mejor, a lo bello, a lo bueno; Es la prueba de la existencia en nosotros de un principio superior, de algo grandioso, casi divino, que nos lleva a destinos superiores, que siempre nos lanza hacia adelante, dominios del pensamiento y la conciencia.

Es esa fuerza íntima y maravillosa que distingue al hombre de animal, el sagrado rey del mundo, dominador de la materia.

Desde el punto de vista social, el progreso es el camino hacia una estado de cosas cada vez más acorde con la justicia y la razón; es la aplicación, dentro de las sociedades humanas, de las leyes, de los principios capaces de realizar en ellos la mayor suma de orden, bienestar, libertad, fraternidad, para acercarlos lo más posible al estado de perfección. Esto es lo que es el ¡Progreso!

Hay hombres que consideran el progreso como una ley fatal, inevitable, como una de las leyes ciegas de la naturaleza. El hombre, digamos, progresa en virtud de la misma fuerza que lo hace una

semilla, que cuando es lanzada en terreno favorable, se convierte en un roble.

Yo protesto contra tal doctrina que es la negación de libertad. Sí, sin duda, el hombre es un ser progresista, perfectible por naturaleza.

El progreso es tu misión en la Tierra, es tu mayor deber; ahí es donde está la fuente de su grandeza, de su poder. Sin embargo, en primer lugar, el hombre es libre, libre y responsable de sus acciones.

El hombre, físicamente, materialmente, es como una planta que se desarrolla naturalmente, en virtud de las leyes universales; sin embargo, intelectualmente y moralmente, él se crea a sí mismo. Es a través de una larga serie de esfuerzos, trabajos y búsquedas que se convierte en lo que es; es por sus relaciones con sus semejantes que él crea el orden social completo. Su elevación es, por tanto, obra suya y por eso puede mostrarse orgulloso de ello.

De hecho, si el progreso fuese fatal, sería continuo y nada podría obstaculizarlo, crear un obstáculo. No vemos en la Historia del mundo, períodos de decadencia y abatimiento se sucedieron a períodos de progreso y civilización? No es por una caminata continua que la humanidad se fortifica, se esclarece y crece. ¡No! ... Es a través de innumerables vicisitudes, alternativas de triunfo y sufrimiento, y sobre un camino desigual donde las caídas son tan numerosas como las elevaciones, donde encontramos, a cada paso, las huellas de sus pies sangrientos.

El progreso es como el océano, tiene sus flujos y sus reflujos, sus mareas altas y bajas, que cubren períodos a veces seculares. Sus innumerables olas asaltan las rocas y los escollos, los revisan y luego se extienden sobre inmensas superficies donde nunca habían penetrado; luego se retiran, se alejan y, en su movimiento opuesto, dejan variadas playas al descubierto. Sin embargo vuelven un día, más formidable, invadiendo nuevos espacios y conquistando nuevas tierras.

La historia nos recuerda esas grandes fases de progreso. Las mareas altas son Grecia y Roma, la Reforma, la Revolución. Los terribles reflujos y mareas bajas son la invasión bárbara, la oscura Edad Media, los Imperios llenos de sombras y corrupción, que precedió a los albores de 1789. En la hora en la que estamos, se prepara una

nueva ascensión para nuestro pueblo; la ola, se agigante a ojos vistos

Que pueda ella elevarse alto y barrer ante si todos los fantasmas del pasado: prejuicios, ignorancia y fanatismo, que todavía se oponen a su paso.

Capítulo 2º

EL PROGRESO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

León Denis

Libro: El Progreso

La idea que se hace de los primeros tiempos de la humanidad es generalmente falsa. Se creó, a propósito, una multitud de leyendas religiosas, leyendas de la edad de oro, del paraíso terrestre, bajo cuya narrativa nuestra infancia fue embalada.

La Ciencia hizo justicia de esas invenciones, encontró, en las capas geológicas que componen la costra terrestre, los instrumentos y los objetos de que se servían los primeros hombres y, con el auxilio de esos restos, ella reconstituyó toda su existencia.

Esos primeros hombres eran lo que son aún hoy los salvajes de Oceanía. Vivían en lucha continua con los animales feroces que pululaban por la Tierra, habitando cavernas o construyendo cabañas sobre estacas, por encima de los lagos.

Tenían, como armas e instrumentos, apenas piedras talladas en forma de machados, cuchillos y lanzas; para vestimenta las pieles de las bestias que mataban. Poco a poco, sobre el pasar de los tiempos, aparecen los instrumentos de metal, bronce, cerámica, finalmente hierro, con cuya ayuda el hombre talla la piedra, parte troncos de árboles y construye ciudades.

Entonces, en el cielo de la humanidad aparece el pálido amanecer y confusión de una civilización rudimentaria. El hombre construye la primera ciudad (civitas), donde nació la palabra civilización, y desde entonces, con la vida en sociedad, comienza la vida moral.

La vida aislada es vida egoísta, vida salvaje; vida en común es la vida moral, que da nacimiento al derecho y al deber, la única para la cual el hombre fue creado, en la que puede desarrollar sus facultades, descubrir las leyes de la justicia que rigen las sociedades y mundos.

Inicialmente, es en las vastas llanuras de Oriente donde la civilización naciente camina con su llama. Ella busca un asilo seguro, un hogar preparado y no la encuentra. Enciende grandes fuegos que iluminan la tierra, pero que pronto se apagan, y el progreso naciente va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, sin encontrar dónde parar.

Ella deja la India, brilla por un momento en Babilonia y luego intercambia Babilonia por Nínive.

De Nínive pasa para los persas y de ahí para Egipto, dejando atrás de sí imperios arruinados por la corrupción y por la indolencia, ciudades destruidas en medio de las orgias y de la carnicería.

Esas ciudades eran inmensas y esos imperios prodigiosos.

Vamos ahora a las planicies orientales a buscar los túmulos de esas civilizaciones desaparecidas. ¡No resta nada!

El viento de los desiertos barrió el polvo de las ciudades antiguas y el árabe, que es el único que hoy cabalga esas soledades a galope de su caballo, él mismo no supo decir en qué lugares aquellos alguna vez existieron. Desde Egipto, la civilización se traslada a Grecia y allí se expande. ¿Es que, finalmente, allí ella encontró el lugar, la casa tan buscada, desde donde brillará sobre el mundo.

Bajo el bello cielo de Grecia, el genio humano va a revelarse por las creaciones artísticas que permanecerían por los tiempos futuros y por los modelos de pureza y de armonía.

Monumentos como el mundo jamás verá, estatuas de una perfección de formas de ideales se elevan en las ciudades griegas y, en el mismo tiempo en que el sentimiento de lo bello se revela con tanto esplendor, la filosofía griega ofrece al futuro esas creaciones del pensamiento que todavía sirven, después de veinte siglos, para la educación de nuestros hijos.

Sin embargo, no solo es el Arte y la Filosofía brillan en Grecia con un brillo tan vivo. En ella también la civilización se manifiesta por las instituciones políticas y sociales de una gran perfección.

En las repúblicas griegas se gozaba de una libertad mayor que aquella que nosotros mismos poseemos. Cada ciudad participaba de la soberanía en las tareas del país; pobres y ricos, todos eran iguales en derechos y a justicia era distribuida gratuitamente.

Comparando las instituciones griegas con las nuestras, los pensadores se desilusionarían con el progreso, creyendo que jamás la civilización griega había sido igualada y eso, después de tantos siglos de decadencia, la humanidad aún no había alcanzado ese nivel.

Entretanto no nos engañemos, señores; esa es una opinión errada. Se juzga mal la civilización griega, analizándola solamente por su brillo. Esa civilización es más de superficie y no de profundidad.

Yo me explico: tomemos Atenas como ejemplo. Ella poseía veinte mil ciudadanos, gozando de todos los derechos civiles y políticos, beneficiándose de los principios de libertad y de igualdad que son la fuerza y la grandeza de las sociedades humanas, entretanto la población de Atenas era de más de doscientos veinte mil habitantes. ¿Que eran entonces los otros doscientos mil? Es aquí donde llamo toda vuestra atención; es aquí donde está la solución del problema. Los otros doscientos mil habitantes de Atenas eran esclavos, esto es, hombres muertos para la vida política, muertos para la vida social.

Y exaltan, ahora, la superioridad de las instituciones griegas sobre las nuestras. ¡La esclavitud! Es el abismo que separa las civilizaciones antiguas de la civilización moderna.

La Grecia, corrompida por el lujo, por las divisiones internas, por la indolencia (consecuencia inevitable de la esclavitud), deja pasar para las manos de Roma la flama de la civilización naciente.

Mientras los romanos permanecen sobrios, virtuosos, insensibles a la fatiga, ellos dominan el mundo antiguo e imprimen a esa confusión de naciones, agrupadas en torno al Mediterráneo, un espíritu de orden y disciplina y una organización sabia que los hombres todavía admiran. Ellos cubren la tierra con estas obras prodigiosas, cuyas ruinas despiertan nuestra admiración; sin

embargo, desde que el vicio y la corrupción invaden el Imperio Romano, esa poderosa civilización se desmorona por todas partes.

De las regiones del Norte, de las florestas de Germania, olas de bárbaros se lanzan sobre el imperio y lo aplastan, dividiéndolo, reduciéndolo a polvo. Los pueblos se estrechocan, exterminan, superponen ruinas sobre ruinas, y en este gran cataclismo el arte, la civilización, todo se arruina, todo desaparece.

Entonces comienza, para la humanidad, para el progreso, una noche de doce siglos, doce siglos de dolor, de tinieblas, que van a pesar en el mundo hasta el Renacimiento y hasta la Reforma. Es la Edad Media, la edad del hierro, la edad del feudalismo, la edad a la que crepitan las hogueras, donde la sangre fluye a torrentes en las salas de tortura, donde innumerables fuerzas se yerguen con sus frutos siniestros.

En nuestro país los conquistadores del norte repartieron la tierra y los hijos de los galos se convirtieron en sirvientes. ¡Ah! quién podrá decir, quién podrá medir todo cuanto sufrieron nuestros antepasados. Agregados al suelo, ya no son hombres, sino bestias de carga. Sin embargo, aparece una nueva fe en el mundo. Al paganismo romano sucedió la religión de Cristo. La voz del gran sacrificado gritó desde lo alto del Calvario, diciendo a todos: "¡Amaos!" Y una doctrina de paz, de fraternidad, expandida por la Tierra; sin embargo, mientras que el Cristianismo de los primeros tiempos era grande y puro en su austera sencillez, el Catolicismo de La Edad Media fue abrumador e implacable para los más pequeños.

Las doctrinas católicas hicieron del cielo la imagen de la Tierra. Dios reina allí, rodeado de sus santos, de la misma forma que aquí debajo del rey en medio de sus señores y el señor en medio de sus vasallos.

Los conquistadores, los vencedores son los nobles, los elegidos; los vencidos son los siervos, os villanos y los reprobados.

Para unos las fiestas, el placer, la vida alegre; para los otros el trabajo sin descanso, las privaciones, la miseria, el miedo al diablo y la perspectiva del infierno. Por encima de todo domina el arbitrio; la gracia reina en el cielo, aquí reina el favor; el derecho y la justicia, en ninguna parte. De hecho, no había entonces la justicia, aunque las justicias.

Aún existen varias localidades con ese nombre. Cuando se escava la tierra, se descubren capas de osos, esqueletos retorcidos y descuartizados. ¿Saben lo que eran esas justicias?

¡Eran los lugares donde se elevaban los poderes señoriales y esos cadáveres son de los pobres siervos que trataron de sacudir un yugo muy ligero!

No recordamos todas esas cosas con el objetivo de reavivar odios extinguidos. No, odio no queremos más. Debemos alertar a los hombres que preconizan las instituciones de la Edad Media, que las elogian y que, si pudiesen, harían renacer. Con la mano sobre la Historia, debemos responder y decir una cosa: ¡la verdad!

La verdad es que el pueblo de la Edad Media estuvo curvado durante más de diez siglos bajo el peso de todas las opresiones.

Encadenado a la tierra que cultivaba, considerado como un objeto, el siervo vivía una vida de animal, vinculada al molino que el movía todo el día.

Cubierto de harapos, habitando cabañas sórdidas, el siervo se alimentaba de lo que la conveniencia del señor le quisiese dejar.

Sin alegría en el presente, sin esperanza en el futuro, él no era libre para disponer de los suyos, de su esposa, de su hijo, eran propiedades del señor. Cada recién nacido del siervo era un esclavo, un miserable más sobre la Tierra. Algunas veces, cuando el señor se mostraba más codicioso, cuando los participantes de la guerra saqueaban las provincias, la vida se tornaba tan difícil, el hambre hacia tales devastaciones que los sirvientes, tocados por el hambre y por desesperación, se rebelaron en masa y bajo el nombre de Jacques y de Pastoreaos, buscaban en la muerte el olvido y el fin de tantos males.

Es lo que era la existencia para el pueblo de aquella época que escritores llaman aun de buen tiempo, si el buen tiempo para señores y monjes!

¡Es lo que eran nuestros antepasados, los siervos; si, nuestros antepasados!

Confesemos bien alto, hijos del pueblo, nosotros somos los hijos de los siervos, de los villanos.

Es nuestro título de nobleza y nosotros lo deseamos fuertemente.

Somos los descendientes de aquellos que regaran la tierra con sus sudores para alimentar la humanidad y es porque practicamos la santa ley del trabajo, pues amamos la justicia. Es por lo que glorificamos 1789, porque el 89 vino a decirle a este sirviente: "¡Que esta tierra que tu riegas con tus lágrimas sea tú tierra!

Que esta casa te pertenezca; que tú hija sea sagrada para todos.

¡Que la noche que envuelve tú alma se disipe con la luz de la instrucción, a fin de que una existencia nueva comience finalmente y que la hora de la reparación suene para ti!"

¡En medio de esa sombría época en que domina el feudalismo unido a la teocracia romana, como se reduce el pensamiento!

El pensamiento parece encubierto, oscurecido y extinguido para siempre. Sin embargo, no se equivoque: el pensamiento no está muerto; el vela, hace su camino, tímido y subterráneamente, pero camina. Es como la semilla durante el invierno: enterrada en el suelo, que fermenta lentamente, hasta que pueda nacer a la luz y producir sus frutos. El pensamiento muy temprano presenta su preciosa siembra; es la primavera, el renacimiento del progreso y la razón! El pensamiento humano se despierta y busca sacudir el peso que lo aplasta.

Se utilizan contra él, el hierro, fuego y tortura, pero inútilmente. Está fortalecido en el tormento y siempre crece. Planean aplastarlo pronto, en la cruzada contra los Abigeos, pero he aquí, reaparece con Jean Huss, Jerónimo de Praga, el Baudios.

¡Para el verdugo, Jean Huss! ¡Para el verdugo, Jerónimo de Praga, para el verdugo, todos los renovadores!

Y los inquisidores de la fe van por todas partes, usando su hacha, su antorcha y los instrumentos de tortura. Olas de sangre fluye en nombre de un Dios de misericordia y se sacrifican innumerables víctimas.

¡Oh! Entonces el germen de la herejía debe ser eliminado, pero he aquí que desde los valles de Centro Europa hay un grito de protesta contra los excesos del catolicismo, con un formidable grito de libertad.

La razón reaparece con los apóstoles de la Reforma. La unidad católica se rompió y el yugo de la teocracia romana fue rechazado por veinte millones de hombres.

El protestantismo proclama el principio del libre examen y, a pesar de las dagas de Saint-Barthélemy, a pesar de los sables de los dragones, del exilio y de la Bastilla, es de este principio de libre examen, ampliado y fortalecido, que emergerá la filosofía del siglo XVIII y libre pensamiento moderno.

Y es que el pensamiento renaciente descubre un recurso para expandirse en el mundo, un instrumento admirable. Un hombre fusiona caracteres metálicos que se agrupan y forman palabras: es la prensa.

Gracias a ella, el libro, tan raro, tan caro cuando era sólo un manuscrito copiado por la pluma, el libro y, más tarde, el periódico van a penetrar incluso en las residencias más humildes, iniciando al campesino y al trabajador en la vida intelectual; arrancando, uno por uno, de sus almas los instintos groseros que engendra la esclavitud, preparándolos para la libertad.

Desde entonces, el pensamiento ha tomado su impulso y ha avanzado con paso rápido.

El arte brilla; La ciencia busca en los cielos profundos y revela la suprema armonía de los mundos.

La filosofía se ocupa de los mayores problemas, la Historia esclarece.

La Iglesia y los tronos son sacudidos, las viejas creencias y las supersticiones se retiran; la razón y la conciencia se expanden y ese inmenso trabajo de elaboración, que dura tres siglos, finalmente llega la formidable explosión moral que llamamos la Revolución del 89, una explosión que, sacudiendo la antigua sociedad autoritaria y feudal, dio a luz al mundo civilización moderna, sostenida por bases inquebrantables: el derecho y la libertad.

La Revolución es para nuestro país, para nuestra raza, lo que es, para cada uno de nosotros, el momento de su mayoría de edad.

Es la sociedad humana asumiendo el gobierno de sí misma lo mismo, sustituyendo el reino de la justicia por el del favor, la ley por el placer, la libertad por la esclavitud.

En el orden político y social, el pasado, para dirigir a los hombres, invoca una voluntad superior, una voluntad exterior a la conciencia.

Es en las creencias oscuras, en las revelaciones sobrenaturales, es a menudo en la forma brutal que las instituciones de la Edad Media encontrar las fuentes de autoridad. La Revolución sienta las bases de nuevo orden social sobre leyes inmutables de la naturaleza y sobre las eternas enseñanzas de la razón. Sin milagros, ni revelaciones. Es en la conciencia humana donde se encuentran los principios que darán autoridad a todos, cuando sean proclamado por voluntad nacional y convertido en ley por elección del pueblo.

Esta es la ley moderna y no solo la de los franceses, sino de todos los hombres, derechos que, acompañados de deberes corresponsales, estarán inscritos un día en cada pueblo en la parte superior de su Constitución.

Los electores de 1789 no se limitaron a hablar con Francia, pero para el mundo entero. Es la grandeza y la gloria inmortal de Revolución Francesa, por haber inaugurado estos principios de igualdad, solidaridad y fraternidad en torno a las cuales las personas las naciones un día se unirán como miembros de una sola familia, de la gran familia universal.

Señores, en esa rápida exposición de la marcha del progreso a través de los tiempos, yo paro en la Revolución.

Con efecto, la Revolución es el abismo que se coloca entre dos épocas: una marcando la infancia de la humanidad y la otra su edad adulta. Antes de la Revolución, el mundo mira para tras y acredita en la caída, en la decadencia, poniendo toda su confianza en las leyendas religiosas.

A partir de 1789, el mundo mira el futuro, el hombre solo cuenta con su propia iniciativa, su trabajo, su genio, para crear ese futuro que será tanto mayor cuantos mayores fueran los esfuerzos para prepararlo. La Revolución, es preciso decirlo, se hizo en medio de una generación que no tenía madurez.

La ignorancia, la lucha de intereses egoístas impedirán el desenvolvimiento durante ochenta años. Hoy, madurada por las pruebas, nuestra generación religa la cadena interrumpida del progreso.

Pacífica, aunque resolutamente, ella retoma la obra de nuestros antepasados para continuarla en todas sus lógicas consecuencias, para realizar la emancipación intelectual y moral del género humano.

Veamos, por tanto, lo que es el presente, a quien está reservada esa tarea, lo que consigue su fuerza, lo que hace su franqueza, lo que tenemos que hacer nosotros mismos para tornarlo grande y fructífero.

Capítulo 3º

PROGRESO POLÍTICO

Examinemos la situación actual en nuestro país, en Francia; examinemos, no como apologistas, no como admiradores, sino como hombres en quienes, por encima de sus opiniones, sus tendencias, por encima de todas las cosas impera la verdad.

Haremos este examen poniéndonos en tres puntos de vista sucesivos: políticas, sociales y religiosas. Lo haremos prescindir de todo lo que pudiera tener un carácter controvertido y colocándolo en un plano elevado, en la serena esfera de los principios.

Después de intentar, durante medio siglo, todas las formas de gobierno monárquico, después de haber sido arrojado a una multitud de aventuras comprometidas después de haber derramado tu sangre en todos los campos de batalla europeos para la consolidación de dinastías efímeras, abandonadas por las naciones, disminuidas en su territorio y en su honor, Francia se refugió en la república como en una esperanza última y suprema, como la única forma de gobierno capaz de darle lo que quiere ardientemente: paz y libertad!

La república democrática es la más racional y la más lógica forma de libertad y solo ella puede levantar, valorar las almas que el despotismo humilló. Solo ella puede hacer la verdadera igualdad entre los hombres, sin rebajar a los grandes al nivel de los pequeños, pero dando a los pequeños los medios para elevarse gradualmente

al nivel de los grandes, por la educación, por la libertad y asociación, para la uniformidad de derechos.

El gobierno de la república es expresión de la voluntad nacional. El pueblo reunidas en sus mítines, nombran a sus representantes y estos eligen al jefe del poder. Es por tanto, el pueblo es el que se gobierna a si mismo por sufragio universal. Cada ciudadano participa en la soberanía. Una nación republicana es un vasto organismo, un gran cuerpo, del cual cada votante es un miembro.

Será por tanto, en general, lo que cada uno de nosotros es en especial. El estado social valdrá lo que nosotros valemos. Si nosotros somos rectos, justos, iluminados, el Estado será grande; si nosotros somos pequeños, ignorante y viciosos, el Estado mismo será frágil y miserable. Por tanto, el progreso social solo es posible con progreso de cada uno de nosotros.

Miren, ciudadanos, cuánto, con la república, nuestra responsabilidad aumenta porque la suerte de nuestro país están en nuestras manos. Somos nosotros quienes, a través de nuestras elecciones y nuestra sufragios, hacemos nuestros destinos. Entended ahora como es necesario que cada uno de nosotros se esclarezca y se mejore, cuanto es necesario fortalecer el juicio de todos, porque, te pregunto, ¿Qué haríamos con derechos y libertades, si no supiéramos utilizarlas sabiamente, con discernimiento?

Republicano significa quien se gobierna, quien se conduce por si mismo incluso en todos los ámbitos de sus actividades.

Ese título impone a todos aquellos que lo adopta más mérito, más valor intelectual y moral. Y además de eso, investiga la Historia y verás que todos los gobiernos, sean los que sean, han perecido por corrupción o ignorancia.

Los griegos y los romanos se dejaron llevar por el lujo, indolencia; fue después de las orgías de regencia cuando la aristocracia francesa perdió su prestigio; fue por la corrupción del orleanismo que la burguesía se extrañó.

Por tanto, la república no puede vivir, prosperar, crecer, sin que cada uno de nosotros trabaje sin cesar, por un futuro mejor, más sabio, más virtuoso.

Nuestros antepasados de la primera revolución tenían razón para colocar la virtud como orden del día de la patria. Inspirémonos por ejemplo de estos republicanos austeros, estos grandes patriotas, cuyo espíritu de devoción y sacrificio los hizo modelos eternos para las generaciones venideras. De hecho, no es suficiente combatir el despotismo para dar a luz a la libertad; no es suficiente para quitar la tiranía del poder para implantar las costumbres republicanas. Si queda el servilismo, la pasión y la noche en nuestras almas nada habremos hecho y despotismo algún día renacerá. Sin embargo, los republicanos, que queremos un orden social basado en la justicia y la libertad, hagamos inicialmente justo y virtuoso con nosotros mismos, hagamos nuestros corazones libres, motivos ilustrados, costumbres dignas, conciencias honestas y avanzamos sin desfallecer.

No alcanzaremos la perfección, sin duda, pero cada uno de nuestros pasos adelante nos mostrarán un ideal, un orden más grande y armonioso; cada uno de nuestros esfuerzos nos liberará de un mal, una pasión y un error. Así contribuiremos para elevar Francia y establecer la república definitiva, evitar que la democracia caiga en el cesarismo.

Sin embargo, señores, si no queremos abusar de estas cosas, también debemos alegrarnos ante un gran ejemplo que nuestro país ahora le da a Europa. Si, después de veinte años de realeza burguesa, después de veinte de imperio, las costumbres republicanas, austeros y serios, no pudieron desarrollarse espontáneamente en nosotros, debemos decir, sin embargo, que Francia, madurada por las pruebas del año terrible, se fortaleció por el sufrimiento, recogió de sus instituciones republicanas, aunque todavía incompletas, un gran bien, una nueva fuerza moral.

Si ampliamos, en ese momento, nuestra mirada a Europa, allí veremos, realmente, un viento de guerra que pasó sobre las naciones. Los soberanos belicosos y los diplomáticos astutos se preparan para la pelea. En todas partes alguien está armado, como en las cercanías de un terrible shock.

Los recursos se desperdician, esperando que fluya la sangre; la gente sufre y la miseria es profunda. Sordos en todas partes los golpes anuncian revueltas sangrientas. Irlanda se agita los socialistas

alemanes se preparan. En Rusia los negativitas continúan con su siniestro trabajo, Turquía muere y el Oriente entero se desarticula.

¿Durante ese tiempo que hace Francia? la Francia republicana trabaja, se fortifica y se esclarece; reduce sus impuestos y se cubre de escuelas. Franca quiere nacer para una nueva vida, se desembaraza del virus de la Edad Media y se torna laica. Se pone en situación de resolver pacífica y gradualmente la cuestión social.

Bien armada, más para la defesa y no para el ataque, ella deja a los déspotas atacarse unos contra los otros.

Que ella persevere en su política de paz e de justicia; que ella olvide para siempre las funestas tradiciones de un pasado lleno de lágrimas y de sangre.

¡Que la Francia de los corsos muera! Que la Francia republicana viva para siempre! Que sus libres instituciones se desenvuelvan y crezcan. Que el espíritu de Syllabus de ella se aparte; que su pueblo se fortifique por el trabajo y por el estudio y entonces su influencia se extenderá de nuevo sobre el mundo.

Las mismas naciones que la evitaban, que otrora la odiaban, pondrán en ella su esperanza, el día en que, en medio de la miseria conflictos generales y armados, Francia se muestre a Europa como un poderoso ejemplo de lo que puede hacer una gran gente en un régimen de paz, luz y libertad.

Capitulo 4º

EL PROGRESO SOCIAL

León Denis

Tras la cuestión política se yergue la cuestión social, vasto y complejo asunto vasto que, para ser tratado con algún desenvolvimiento, exigiría muchas horas. Me limitare solamente a las soluciones que me parecen ser más prácticas y más de acuerdo con el espíritu de justicia.

Pretensiones apasionadas atrajeron, durante algún tiempo, la atención pública para esas cuestiones. Esas reivindicaciones ya produjeron protestas numerosas en el propio seno de la clase

operaria y de ellas no me ocupare. Trataré solamente de las reclamaciones que considero legítimas, las del operario honesto, laborioso, que deseaba asegurar su vejez contra la miseria, que deseaba prepararse para esas eventualidades lamentables llamadas receso, enfermedad y los encargos de familia. ¿Esto no es un derecho sagrado del trabajo?

Un peligro amenaza, al mismo tiempo, el progreso social y a la república: es el involucramiento del trabajador por el clericalismo.

Vosotros no ignoráis los llamamientos melifluos que la prensa católica presenta a la clase trabajadora y a la institución de los círculos católicos de trabajadores; los discursos pronunciados en los congresos de Chartres y de Augers os ofrecen la medida de lo que se puede esperar de ese movimiento.

La masa de los trabajadores tiene muy buen sentido para dejarse atrapar en esas trampas, porque no ignora lo que eran las corporaciones y sus dirigentes del pasado, no teniendo ninguna infantilidad de querer restaurarlos. En cualquier caso, los republicanos influyentes, los líderes de la industria tienen el deber de tratar con el trabajador, estar a la altura de sus aspiraciones, cuando se presenta de forma tranquila, pacífica y moderada.

Una gran responsabilidad recae sobre los afortunados; el hecho de que tengan más recursos y conocimientos les impone mayores obligaciones. Digamos que muchos de ellos dieron ejemplos nobles y generosos.

El Ménier, el Godin de Guise y muchos otros, haciendo a sus trabajadores participar en los beneficios de la producción industrial, estableciendo para ellos y sus familias viviendas higiénicas y escuelas gratuitas, demostraron lo que se necesitaba hacer para el bienestar y perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mayor parte.

Cuando no se aplica la participación en los beneficios, la asociación cooperativa viene a solucionar el problema y ahí está el gran secreto del futuro, porque sólo el principio de asociación transformará el mundo.

Uno de los hechos más notables de nuestro tiempo es esa tendencia, cada vez mayor, para reemplazar el esfuerzo aislado con esfuerzo

colectivo. Las fuerzas están agrupadas, el capital está asociado, intereses confluyen y, gracias a este gran movimiento, la sociedad ve aumentar su poder y bienestar, avanzando con paso más rápido hacia una distribución equitativa de recursos después del trabajo de cada uno.

Si consideramos lo que ya ha producido el principio de asociación en las innumerables instituciones mutuas y de seguridad social - seguros de vida, cámaras sindicales y bancos populares, como funcionan en Alemania e Italia, sociedades cooperativas de producción y consumo: nos sorprenderá el desarrollo colosal de esta idea. Lo que ella creó es todavía poca cosa en comparación con lo que ella puede realizar en el futuro.

Sin embargo, si a esas creaciones le sumamos las reformas resortes, las leyes protectoras de la asociación, los botiquines de auxilio para los discapacitados del trabajo, la reforma fiscal, seguida de instrucciones amplias, el problema se simplificará enormemente si no fuese resuelto.

La humanidad marcha hacia la solidaridad y no hacia división. Esa gran idea de asociación germinó durante mucho tiempo a la sombra; actualmente ella empieza a crecer, trayendo sus frutos. Los trabajadores no tienen nada que destruir, pero sí transformar. Tienen la cantidad y la elección; si saben limitar sus reclamos dentro de los límites de la ley y la justicia, su éxito es solo cuestión de tiempo y paciencia. La victoria está asegurada en un futuro próximo.

La cuestión social no solo pasa por mejorar la suerte del trabajador; también se dirige a las mujeres, para quienes una educación insuficiente, basada en supersticiones religiosas, tiene el apoyo de representantes del pasado. En ella existe una inmensa fuerza perdida por el progreso.

Realmente, las mujeres están dotadas de cualidades innatas, facultades y aptitudes que en muchos puntos la hacen superior al hombre. Bastará con desarrollar estas cualidades con una instrucción seria, para una educación sólida que quite de su espíritu los prejuicios, las sombras de la superstición, y que la coloque en la altura del espíritu del hombre.

Entonces la familia se unirá; luego la mujer, transformada, a su vez, en defensa de la causa del progreso, sabrá educar generaciones viriles y contribuir a asegurar el futuro que, sin ella y sin su participación, siempre sería precario e incierto.

CAPITULO 5º

EL PROGRESO RELIGIOSO

Después de echar un vistazo rápido a estas dos caras de tema del progreso: el problema político y el problema social, nos queda examinar una tercera cara del asunto, que no es ni la menos delicada, ni la menos peligrosa, es decir, la cuestión religioso.

Aquí, más que nunca, debo esforzarme por permanecer en una alta esfera de principios, evitando descender a la arena donde se agitan pasiones furiosas y donde se entrechocan los intereses pisoteados.

¿Qué es religión? ¿Y es preciso una religión? La palabra religión proviene del latín religare, que significa reconectar, unir.

Tomada en el sentido exacto de la palabra, la religión debe ser una fuerza, un vínculo que une a los hombres y que los une también a un principio superior de las cosas.

En el alma humana hay un sentimiento natural que la eleva sobre sí mismo a un ideal de perfección en el que se resumen estos poderes morales denominados el bien, la verdad y justicia. Este sentimiento, cuando es esclarecido por la ciencia, cuando está fortalecido por la razón, cuando se basa en libertad de conciencia, de la conciencia autónoma y responsable, es el más noble de todos los que podemos conocer.

Él puede convertirse en motor de las mayores acciones y también una de las manifestaciones de la sublime ley del progreso. Sin embargo, señores, no es lo que pasa entre las religiones lo que cubre la superficie del mundo. Y cuando digo religiones, quiero decir hablar de religiones sacerdotales.

¿El sentimiento religioso, mantenido y desarrollado por ellos, es basado en la libertad de conciencia, es motivo de progreso, es un lazo para la humanidad?

¡No! Vosotros sabéis que estas religiones se excluyen mutuamente, peleando y persiguiéndose unos a otros tanto como pueden.

Cada uno de ellas está destinada a ser la única verdadera, la única legítima, y cada una de ellas acusa a las demás de error o impostura y las demás, en cambio, le devuelven sus acusaciones y sus anatemas.

Sin embargo, estas religiones, tan hostiles entre sí, se entienden todas en un punto: es cuando se trata de oprimir el pensamiento, de paralizar su evolución secular, de combatir el pensamiento en sus aspiraciones, en sus esfuerzos por el progreso.

Sin embargo, fueron hombres de progreso quienes las fundaron, espíritus ávidos de justicia y apasionado por el bien que las establecieron. Ellos se llamaron Cristo, Buda, Confucio. Trabajaron y sufrieron para la humanidad, sin embargo, cuando se fueron, sus sucesores se apoderaron de sus ideas y las modificaron a su gusto, haciéndolos instrumento de servidumbre, de dominación; el culto y la fe se hizo como piedra sepulcral que las castas sacerdotales quisieron colocar sobre el pensamiento y la libertad. Sin embargo, después de siglos de silencio y muerte, el pensamiento, que no pudo morir, despertó. Salió de la tumba donde creyeron haberlo sepultado para siempre y fue donde Él se irguió en la luz, ante viejas fórmulas, de oscuros dogmas, y llamando para sí a la humanidad entera; Juzga y sentencia entre nosotros.

En materia religiosa surge el problema, en nuestro país, entre el Catolicismo y el pensamiento libre. El Cristianismo primitivo, en medio del pueblo y que luchó contra la aristocracia y el sacerdocio judío, había comenzado por el Comunismo, por la elección de los padres, de los padres casados.

El catolicismo, un continuador del cristianismo, presentó el infalibilidad papal y en Syllabus la declaración de principios, cuyo último artículo es este: "Anatema contra aquellos que afirman que el pontífice romano debe reconciliarse con el progreso, liberalismo y civilización moderna".

No me limitaré a examinar los dogmas y las enseñanzas del El catolicismo y cada uno de ustedes puede dedicarse a ese examen.

Me limitaré a hacer un paralelo en lo que nos enseña, por un lado, la religión católica y, por el otro, la ciencia basada en la razón, a propósito de dos concepciones esenciales que dominan el conjunto existencia humana y toda la organización social, es decir, en el concepción del universo y el propósito de la vida.

Las ideas que hacemos sobre la organización del universo, sobre el papel que cada uno de nosotros debe jugar en este vasto teatro del mundo, tales ideas, como comprenderán, señores, son de un importancia capital, porque es tras ellos que debemos dirigir todos nuestros actos. Es consultando con ellos que marcamos un propósito de la vida y marchamos hacia ese fin. Ahí es donde está la base de toda civilización; es esa concepción del mundo y la vida que inspira a toda la organización y proporciona al cuerpo social su dirección y forma de gobierno.

Por tanto, se sigue que, si tal idea está de acuerdo con la verdad, las leyes sociales se basarán en leyes naturales y la armonía reinará en el mundo; si esas ideas estuvieran erradas y contrarias a las leyes del universo, se producirá el caos, esterilidad, la decrepitud.

Examinemos, entonces, la concepción del mundo como el catolicismo nos revela y sobre +la cual está establecida la sociedad monárquica, feudal y autoritaria. El mundo, el universo dice la Iglesia, fue creado en seis días y hace siete u ocho mil años, por la única voluntad de Dios, que hizo todo de la nada.

Dios, dice el catecismo del Concilio de Trento, formó los cielos. Los adornó con el Sol, la Luna y otras estrellas, para que sirvieran de señales, distinguiendo las estaciones y los días, después sigue la enumeración de la obra de cada uno de los seis días de la creación, durante los cuales Dios hizo salir de la tierra, los hombres, plantas y animales. Así, creo un día Dios el mundo, pero Dios queda fuera de su obra como la obra está fuera del trabajador.

Ese universo, sacado de la nada, puede ser destruido, aniquilado. y Dios lo mantiene y gobierna a través del milagro. El hombre, por el pecado original, está condenado a sufrimiento, no puede salvarse a sí mismo, ni puede merecer el cielo sin la ayuda de la gracia, es decir,

del placer, y siempre antes de él, como una terrible amenaza, aparece la perspectiva de infiernos eternos. Entonces, no hay idea de ley, de orden y solidaridad. Nada más que la voluntad y el capricho de Dios del Todopoderoso.

Es sobre esas nociones que el mundo vivió durante veinte siglos y sobre estos cimientos se construyó la sociedad de la Edad Media. Con respecto a la estructura del universo, santo Tomas de Aquino agrega que la Tierra, centro del universo, es inamovible, recubierta por una sólida bóveda, firmamento, dividido en varias capas, que están incrustadas entre sí, y que las estrellas son como chispas, clavos de oro colocados en esa bóveda como ornamentos.

Veamos, ahora lo que la ciencia nos dice sobre este mundo, sobre ese universo. La Tierra es un globo de tres mil leguas de diámetro que gira sobre sí mismo y gravita alrededor del Sol. En su carrera rápida viajan treinta mil leguas por segundo.

Estamos lejos de la inmovilidad y este globo no es el único en las profundidades del cielo. Legiones de esferas están por todas partes, innumerables soles se mueven en los abismos del espacio. Cerca de ellos, la Tierra es un grano de arena, como un pequeño cuerpo en la familia de los cuerpos celestiales.

Entre los planetas que circulan alrededor del Sol, uno es setecientas veces más grande que la Tierra (Saturno) y otras mil y cuatrocientas veces mayor (Júpiter). En la superficie de estos mundos el telescopio observa las mismas apariencias de vida que existen en la Tierra, con atmósferas cargadas de nubes, continentes y mares. Cordilleras distinguidas y acumulaciones de nieve y hielo que rodea los polos de estos globos. Sin embargo, la mirada de la ciencia no se detiene ahí; explora las regiones más remotas del cielo y en ninguna parte descubre los límites del universo o una bóveda maciza. Los límites retroceden en la medida en que la ciencia avanza, marcha, y el espacio se abre cada vez más prodigioso, más insondable.

Sin embargo, no importa cuán lejos mire la ciencia, en todas partes, en todos los puntos del cielo, ve estrellas en cantidad infinita, es decir, mundos y más mundos, tierras, soles, esferas dispersas por millones y formando grupos, familias estrellas, cerca de las cuales la Tierra y sus hermanas y nuestro propio sol, a pesar de sus mil doscientas leguas de diámetro, es como átomos, granos de polvo

perdidos en la inmensidad de los cielos. En lugar de estar destinados a la inmovilidad eterna, todos estos mundos se agitan, se mueven en las profundidades, gravitando uno alrededor del otro y viajando miles de leguas en su carrera aterradora. Entonces, en todas partes, el movimiento, la vida se manifiesta en el grandioso espectáculo de una creación que no ha comenzado, que nunca terminará, pero que procede en una transformación eterna e incesante, dentro de un espacio ilimitado.

Si, del espectáculo de esos mundos, dirigimos la mirada para la Tierra, cuántas cosas ella nos dirá. Aunque pequeño, nuestro planeta tiene su propia vida, su papel en la inmensa armonía de las esferas. En las capas superpuestas que forman su corteza, leemos su historia como en las hojas de un libro; seguimos paso a paso, las fases de un desarrollo que duró, no seis días, sino millones de siglos, y vemos, no la marca de una creación espontáneo, pero si de una formación lenta y progresiva, sometida a leyes inmutables. Bajo esas leyes, los mundos, como los seres, tienen sus periodos de juventud, madurez, decrepitud, tras lo cual se disuelven y desaparecen para dar lugar a nuevos astros.. En cuanto a los seres que los pueblan, cada uno de ellos, en vidas sucesivas y siempre renacientes, surge, de grado a grado, en la magnífica escalada de los mundos, desde las formas de vida más rudimentarias hasta la plenitud de la existencia intelectual y moral.

De esa manera el trabajo y el progreso se convierten en la ley suprema del mundo; lo arbitrario y el milagro desaparecen. La creación tiene lugar a través del tiempo, tiempo de esfuerzos continuos, a través del trabajo de todos los seres, en solidaridad unos con otros y en beneficio de cada uno.

Así es como, en lugar de un universo creado de la nada, gobernado por la fantasía y la gracia, en lugar de una monarquía absoluto, la ciencia nos presenta, en los espacios infinitos y tiempos, la inmensa república de los mundos, regida por leyes inmutable, por encima de la cual planea esa Razón consciente, que se conoce, que se posee y que es Dios.

Y ahora yo os pregunto: después de haber visto, en el espectáculo de mundo iluminado por la ciencia, manifestarse por todas partes esos grandes principios universales de orden, solidaridad, trabajo y

progreso, la sociedad moderna puede aún aceptar esos conceptos del pasado, estos sistemas obsoletos que nos presentan el milagro y la gracia elevándose sin cesar por encima de todo?

¿Podemos creer aun en Joshua deteniendo al sol, en un palabra, en todas las leyendas y supersticiones que alimentaron nuestra infancia? No, el ideal cambia y crece, y a la luz de un nuevo día se van las sombras y los fantasmas del pasado para desaparecer. El sentimiento religioso no morirá por eso, él se tornará más racional y más esclarecido. Cristo mismo dijo: "Llegará un día en que el Padre ya no será adorado ni en los templos o en la montaña".

Es una alusión a la época en que el pensamiento humano, libre de enlaces que te unen, subirán más rápido hacia el verdad y luz, para crear la religión del futuro, es decir, la religión natural, laica, que no tendrá necesidad de templos ni altares, en el que cada padre de la familia será el sacerdote y dentro del cual se fundirán, como ríos en un océano inmenso, las creencias, las sectas que dividen y separan a la humanidad.

Sin embargo, dirán cómo será la moralidad, dónde estará su fuente, si ya no está en las religiones reveladas. La moral, responderé, esta eternamente escrito en la razón y la conciencia del hombre y no hay una necesidad de enseñanzas dogmáticas para conocer su deber.

Escuchad la voz interior que nos habla a cada uno de nosotros, a los más ignorantes como los más iluminados, diciéndonos: Levántate a través del trabajo, el estudio y el bien. Aquí está la revelación por excelencia y, mucho mejor que las enseñanzas del dogma, es ella quien nos hace saber que nuestro papel en el mundo es trabajar por nuestra mejora y la de la humanidad.

Desarrollar nuestras facultades intelectuales y nuestras cualidades morales; trabajar para poner en la tierra el reino de la justicia, la paz y fraternidad, marchando juntos hacia ese lejano fin, para ese ideal: la perfección.

¡He Aquí la verdadera religión y la única según las leyes universales, la religión del progreso, la religión de la humanidad!

CAPITULO 6º

EL PASADO Y EL FUTURO

Conclusión

En la primera parte de este estudio, seguimos la marcha del progreso a través de los siglos. Es una dolorosa historia: la humanidad conquistando, por la lucha, por la sangre, a costa de lágrimas y suplicios, sus derechos y sus libertades.

Tras cada paso para el frente, se ve el espíritu de egoísmo y de dominación erguirse sobre su pasaje, sin embargo siempre en vano.

A pesar de la tortura y de la hoguera, a pesar del patíbulo, a pesar de las masacres, pedazo por pedazo, los directos del pensamiento y de la consciencia se revelan y se afirman. Cada generación trae su tributo de dolores, de trabajo, de esfuerzos y la herencia común aumenta sin cesar.

De siglo en siglo, el hombre, por su genio, triunfa sobre los obstáculos acumulados en su ruta, se libra de la sombra de las supersticiones y se eleva para la luz. El descubre las leyes eternas y las realiza en las instituciones sociales. Poco a poco, las viejas iniquidades desaparecen. La esclavitud, el servilismo y la tortura desaparecen, una tras la otra. La ignorancia disminuye, la libertad aparece en algunos puntos el globo y, en medio de esos prodigiosos esfuerzos, por encima de los diversos organismos sociales - tribus, razas, ciudades, reinos, imperios - alguna cosa mayor se elabora y se desenvuelve, lentamente, a través de los tiempos: es la civilización que, tras haber sido sucesivamente asiática, griega, romana y occidental, tiende a tornarse universal, uniendo a los pueblos en una aspiración común, para formar el gran ser colectivo, el Ser Humanidad.

Sin embargo, si el tiempo de servidumbre, de sometimiento, tiene fin, si un mundo nuevo se prepara, nosotros, que aprovechamos de las conquistas de la ciencia, nosotros que vivimos en mejores tiempos, no olvidemos a los que, en las épocas oscuras de la historia, prepararon, con sufrimiento y lágrimas, los beneficios que disfrutamos hoy. No olvidemos a los pensadores, a los luchadores

austeros que murieron en la lucha, que cayeron combatiendo por el derecho y por la verdad.

¡La democracia y la ciencia, también ellas, tienen su calendario, yo digo, su calendario, y tiene su panteón sublime, el panteón que esos grandes muertos habitan, esos poderosos espíritus que vuela sobre nosotros y eso nos inspira!

Veneremos a esos muertos gloriosos. Honra a vuestros, ilustres mártires, que sufríste por todas las ideas útiles, fecundas y generosas. Para vosotros, ilustres mártires, que consagrasteis vuestras vigilias, vuestra salud y vuestra vida en la búsqueda de los grandes problemas; para todos vosotros que, por el bien de la humanidad, fuisteis perseguidos y torturados, muertos en los mazmorras y en las horcas, honra para todos vosotros en todos los siglos! ¡Vuestra obra no está perdida, oh! ¡No!

Lo que creaste en el dolor lo recogemos y esa herencia sagrada preservaremos preciosamente y transmitiremos, engrandecidas y aumentadas, a los que vengan después de nosotros.

Así como el pasado prepara el presente, este, que somos nos, debe preparar el futuro; es ahí la ley de la inmensa solidaridad que une todos los tiempos y todas las razas.

Nuestros antepasados lucharon por nosotros, trabajemos, por nuestra vez, para nuestros descendentes. Además, no conocemos todos los secretos del pasado. Quien sabe si no llegaremos un día a coger en la paz y en la alegría lo que sembráramos en el dolor. Todo se encadena en la vida de los seres y en la historia del mundo; cada siglo y cada generación tiene su papel fecundo y glorioso.

El siglo XVI vio el renacimiento de las artes y el sentimiento del bello emergen de la noche de la Edad Media. El siglo XVII fue el estallido del pensamiento, el siglo XVIII vio el triunfo de la razón, la gran revolución, y el siglo XIX es el siglo de la ciencia.

El siglo XX, que está próximo, será el cumplimentó, el coronamento de los siglos anteriores. Escuchad los sordos rumores que rompen de todas partes. Por todos os cantos los pueblos se agitan, ansiosos para sacudir la antigua opresión monárquica y clerical. La Europa está en armas, es verdad, millones de las bayonetas brillan al sol, pero las naciones no soportan más esa situación que los arruina. Le dan la

espalda al espíritu de conquista y se dirigirse a los hombres de pensamiento.

El despotismo estertórea y el viejo mundo agoniza. El genio de nuestro país se separa de las corrientes seculares de Roma e invita a los pueblos para fundar la nueva era, la era de la concordia, del trabajo y de la pacificación universal.

A pesar de todos los egoísmos, esa era aparecerá, porque la corriente de la civilización allí llegó tan necesariamente como los cursos del agua llegan al mar.

Día vendrá en que todos los flagelos, creados por el error, morirán. La guerra cesará, las supersticiones se extinguirán, la fuerza desaparecerá. El saber regenerará el mundo y, ante esa gran luz, los preconceptos seculares, los odios entre las clases y entre las naciones desaparecerán, como las brumas matinales ante el sol de julio.

¡Esos tiempos aún están lejos, dirán! No muy lejos, responderé yo, se supiéramos prepararlos, no tan lejos si nos tornarnos dignos de ellos, nosotros y todos nuestros semejantes.

No basta decirse republicano; es preciso que lo seamos por las costumbres y por el carácter; es necesario que cada uno de nosotros trabaje para instruirse, para moralizarse y para tornarse mejor.

Que cada uno esparza en torno de sus ideas de justicia y de solidaridad y el futuro será nuestro. Tengamos confianza. Que todos cumplan su deber. La gran ley de la vida es el trabajo, es el progreso, cumplámosla!

Todos unidos, con las manos dadas, marchemos juntos para el futuro y que nuestra divisa sea:

“¡Para el frente, siempre para el frente y para lo Alto!”

CAPÍTULO VII

EL PROGRESO EN LA INMORTALIDAD

(Complemento filosófico publicado por el jornal Le Devoir)

Aunque la humanidad avanza poco a poco en el camino del progreso, se puede decir que la gran mayoría de sus miembros marcha por la vida como en medio de una noche oscura, ignorando de dónde viene, sin saber a dónde va, sin nunca haber soñado con el verdadero propósito de la existencia.

Espesas tinieblas dominan la razón humana; los rayos de estos enfoques poderosos, que son la justicia y la verdad, sólo la alcanzan pálidos, debilitados e insuficiente para despejar los caminos sinuosos por donde las innumerables legiones siguen en marcha, para hacer brillar en sus ojos la meta ideal y lejana. Ignorante de su destino, dividido entre el prejuicio y error, el hombre a veces maldice la vida desfalleciéndose bajo el peso de su carga, arroja sobre tus semejantes la causa de las pruebas que engendra y sufre, a menudo debido a su imprudencia. Se rebela contra Dios, a quien acusa de injusto, en su locura y su desesperación incluso a veces abandona el saludable combate, de la lucha que solo puede fortalecer su alma, aclarar su juicio, prepararlo para trabajos de orden más elevado.

¿Por qué es así? ¿Por qué el hombre desciende frágil y desarmado en la gran arena donde se desarrolla, sin tregua y sin descanso, en la batalla eterna y gigantesca? Es que ese globo terrestre es simplemente uno de los peldaños más bajos de la escala de los mundos y en ella viven solo espíritus nuevos, es decir, almas nacidas recientemente con la razón.

La materia reina soberana en nuestro mundo y dobla bajo su yugo hasta los mejores de entre nosotros; limita nuestras facultades, paraliza nuestros anhelos por el bien y nuestras aspiraciones por el ideal.

Entonces, para discernir la razón de la vida, para conocer su razón de ser, para vislumbrar la ley suprema que gobierna las almas y mundos es preciso saber liberarse de esas pesadas influencias,

liberarse de las preocupaciones de orden material, de todas esas cosas fugaces y volubles que cubren nuestro espíritu, dificultando nuestros juzgamientos. Solamente elevándonos algunas veces, por el pensamiento, por encima de los propios horizontes de la vida, abstrayendo del tiempo y del espacio y deslizándonos, de cierta manera, por encima de los detalles de la existencia, es que percibiremos la verdad.

Con un esfuerzo de voluntad, abandonemos por un momento la Tierra y subamos a esas sublimes laderas. Desde lo alto de las cimas intelectuales nos desvelarán el inmenso panorama de tiempos infinitos y espacios ilimitados. De la misma manera que el soldado perdido en la pelea solo ve confusión a su alrededor, mientras que el general, cuya mirada capta todos los altibajos del luchar, calcular y predecir sus resultados; de la misma manera que el viajero, perdido en los pliegues del terreno, escalando la montaña, puede verlos fundirse en una gran llanura, por lo que el alma humano, desde los picos donde se eleva, lejos de los ruidos de la Tierra, lejos de los rincones oscuros, descubre la armonía universal. Lo que abajo parecía confuso, inexplicable e injusto, visto desde el alto se enciende y se aclara.

Las sinuosidades de la existencia se enderezan. Todo se une todo se encadena. Para el espíritu deslumbrado aparece la orden majestuoso que regula el curso de las poblaciones y la marcha de los universos.

Desde esas alturas iluminadas, la vida ya no es, para nuestro ojos, como los de los de la multitud, la vana búsqueda de satisfacciones efímeras, sino un medio de mejora intelectual, de elevación moral, una escuela donde se aprende la dulzura, la paciencia y deber.

Esta vida, para ser eficaz, no puede ser aislada. Fuera de sus límites, más allá del nacimiento y la muerte, vemos, en una especie de penumbra, desarrollarse una multitud de existencias a través de las cuales, a costa de trabajo y sufrimiento, conquistamos, pieza a pieza, pedazo a pedazo, lo poco de saber y de cualidades que posemos y por los cuales también conquistaremos lo que nos falta: una razón perfecta, una ciencia ilimitada y un amor infinito por todo cuanto vive.

La inmortalidad, como una cadena sin fin, se despliega para cada uno de nosotros en la inmensidad de los tiempos. Cada existencia es un vínculo que se liga, para tras y para el frente, en una cadena distinta, a una vida diferente, aunque solidaria con las otras.

El futuro es la consecuencia del pasado y, de grado a grado el ser se eleva y crece. Artesano de sus propios destinos, el hombre, libre y responsable, elige su camino y si esa ruta es difícil, las caídas que tendrá, los guijarros y las espinas que irán a dilacerarlo tendrán el efecto de desarrollar su experiencia y a fortificar su naciente razón.

La ley suprema del mundo es, por tanto, el progreso incesante, la ascensión de los seres para Dios, fuente de las perfecciones. De las profundidades del abismo, de las formas de vida más rudimentarias, a través de una ruta infinita y con la ayuda de transformaciones sin cuenta, nos acercamos a Él. En el fondo de cada alma el Eterno puso el germen de todas las facultades y todas potestades; nos cabe a nosotros hacerlos eclosionar con nuestros esfuerzos y nuestras luchas!

Encarado por esos nuevos aspectos, nuestro progreso, nuestra venidera felicidad es obra nuestra y la gracia no tiene más razón de ser, pues la justicia brilla al final sobre el mundo, porque si todos luchamos y sufrimos, todos seremos salvos.

Igualmente se revela aquí, en toda su grandeza, el papel del dolor y su utilidad para el progreso de los seres. Cada globo que rueda en el espacio es una vasta oficina donde la substancia de las almas es incesantemente trabajada.

Así como el grosero mineral, bajo la acción del fuego y de las aguas, se transforma, poco a poco, en un puro metal, también el alma humana, bajo los pesados martillazos del dolor, se transforma y se fortifica. Es en medio de las pruebas que se forjan los grandes caracteres. El dolor es la suprema purificación, es el horno donde se derriten todas las escorias impuras que corrompen el alma: el orgullo, el egoísmo y la indiferencia.

Es la única escuela donde se refinan las sensaciones delicadas, donde se aprenden la piedad y la resignación estoica. Los goces sensuales, conectándonos a la materia, retrasa nuestra elevación, mientras

que el sacrificio y la abnegación nos desligan, por anticipación, de esa espesa ganga y nos preparan para nuevos escalones y para un ascenso más alto. Entonces el alma se eleva en el magnífico ascenso de los mundos y recorre por el campo sin límites de los espacios y de los tiempos.

A cada conquista sobre las pasiones, a cada paso al frente, engrandecida y purificada, ella ve sus horizontes alargarse y percibe, cada vez más distintamente, la gran armonía de las leyes y de las cosas y en ella participa de una forma bien estrecha y más efectiva.

Entonces para ella el tiempo se apaga y los siglos se escapan como segundos. Unida a sus hermanas, compañeras de la Erraticidad, ella prosigue su marcha eterna en el seno de una luz cada vez mayor.

De nuestras búsquedas y de nuestras meditaciones se destaca así una gran ley: la pluralidad de las existencias del alma. Nosotros vivimos antes del nacimiento y viviremos después de la muerte y esta ley nos da la llave de problemas hasta ahora insolubles, pues solamente ella explica la desigualdad de las condiciones y la infinita variedad de los caracteres y de las aptitudes. Conocemos o conoceremos, sucesivamente, todas las fases de la vida terrestre y recorreremos todos los medios. En el pasado, nosotros éramos como esos salvajes que pueblan los continentes atrasados; en el futuro, nosotros podremos elevarnos a la grandeza de esos genios inmortales, de esos espíritus gigantes que, semejantes a faros luminosos, iluminan la marcha de la humanidad.

El tiempo y el trabajo son los dos elementos de nuestro progreso y la ley de la reencarnación muestra, de una forma brillante, la justicia soberana que reina sobre todos los seres. Paso a paso, forjamos y rompemos, nosotros mismos, nuestras cadenas. Las terribles pruebas que algunos de nosotros sufrimos son las consecuencia de una conducta del pasado.

El déspota renace esclavo; la mujer altiva y vanidosa por su belleza tomará un cuerpo enfermo y sufriente; el perezoso volverá como sirviente, inclinado sobre una tarea ingrata, y el que lo hizo sufrir, a su vez, sufrirá. De nada sirve buscar el infierno en regiones desconocidas y lejanas. El infierno está alrededor de nosotros y se

esconde en los pliegues ignorados del alma culpable, en la que sólo la expiación puede hacer cesar los dolores.

¿Sin embargo, dirán, si otras vidas precedieron al nacimiento, por qué perdimos la memoria y cómo podemos rescatar con éxito las faltas olvidadas? Ese pasado de cada uno de nosotros por las etapas vencidas, cuantas lágrimas hemos hecho caer y cuanta sangre hemos derramado! Conocemos el odio y practicamos la injusticia. Qué carga moral esa larga perspectiva de las faltas para un pobre espíritu ya débil y vacilante. Posteriormente, el recordar nuestro propio pasado estaría vinculado, de alguna manera íntima, para recordar el pasado de otras personas. Qué Situación desagradable para el culpable, marcada con el ¡Hierro al rojo vivo por la eternidad!

Y los odios, los errores se perpetuarían por la misma razón, creando divisiones profundas y eternas dentro de esta humanidad ya tan sacrificada. Sí, Dios hizo bien en borrar de nuestros cerebros frágiles el recuerdo de un pasado peligroso. Después habiendo bebido las aguas de Léthé, 3 renacemos en una nueva vida.

Una educación diferente, una civilización más amplia hace ahuyentar a los fantasmas que alguna vez perturbaron nuestros espíritus.

Aliviados de ese bagaje pesado, avanzamos con paso más rápido por las sendas que nos son abiertas.

Entretanto ese pasado no está tan distante que no podamos entrever algunos vestigios. Si, libres de las influencias exteriores, descendiéramos el fondo de nuestro ser, si analizáramos, con cuidado nuestras preferencias y nuestras aspiraciones, descubriremos cosas que nada en nuestra actual existencia y en la educación recibida podría explicar.

Partiendo de ahí, llegaremos a reconstituir ese pasado, sino en sus pormenores, por lo menos en sus grandes líneas. En cuanto a las faltas, ocasionando, en esta vida, una expiación consentida, aunque apagadas momentáneamente a nuestros ojos, su causa primaria no permanece menos visible para siempre, esto es, nuestras pasiones, nuestro carácter ardiente que nuevas encarnaciones tendrán como meta curvar y domar.

Así, pues, si dejamos bajo el olvido los más pedregosos recuerdos, cargamos, por lo menos, con nosotros el fruto y las consecuencias de los trabajos recientemente conquistados, esto es, una conciencia, un juzgamiento y un carácter tallados por nosotros mismos. Lo que llamamos desigualdad no es otra cosa sino la herencia intelectual y moral que las vidas pasadas nos han legado.

Cada vez que se abren, para nosotros, las puertas de la muerte, cuando, separada del yugo material, nuestra alma escapa de su prisión de carne para entrar nuevamente en el imperio de los espíritus, está el pasado que reaparece enteramente delante de ella. Una tras otra, en la ruta recorrida, ella revé sus existencias: las caídas, las conquistas y las marchas rápidas. Ella se juzga a sí misma, midiendo el camino recorrido, y en el espectáculo de sus éxitos o de sus vergüenzas, colocados ante de ella, encuentra su castigo o su recompensa.

¿Siendo el perfeccionamiento intelectual y moral del alma el objetivo de la vida, que condición y que medio nos conviene mejor para conseguir ese objetivo? El hombre puede trabajar para esa perfección en todas las condiciones y en todos los medios sociales, sin embargo, trabajará más victoriosamente en determinadas condiciones.

La riqueza proporciona al hombre poderosos medios de estudio y le permite dar a su espíritu una cultura más desenvuelta y más perfecta; ella pone en sus manos facilidades mayores para aliviar sus hermanos infelices y participar de tareas útiles para mejorar su suerte. Todavía son raros los que consideran como un deber trabajar para aliviar la miseria por la instrucción y mejoría de sus semejantes.

La riqueza esteriliza, muchas veces, el corazón humano; extingue esa llama interior, ese amor al progreso y las mejoras sociales, que alienta a todas las almas generosas; coloca una barrera entre los poderosos y los humildes y aísla, en un círculo, a los desheredados de este mundo, donde, por consecuencia, sus necesidades y sus males son ignorados y desconocidos.

La miseria también tiene sus horrorosos peligros: la degradación de los caracteres, el desespero y el suicidio, más mientras la riqueza nos torna indiferentes y egoístas, la pobreza, aproximándonos a los

humildes, nos hace participar de sus dolores. Es preciso haber sufrido para evaluar el sufrimiento de los otros. Es entonces que los poderosos, en medio de las honras, se envidian entre si y procuran rivalizar, en ostentaciones, los pequeños, aproximados por la necesidad y que viven, algunas veces, en una tocante confraternización.

Observa las aves de nuestro país durante los meses de invierno, cuando el cielo está oscuro, cuando la tierra está cubierta con un manto blanco de nieve; aferrándose el uno al otro, en el borde de un techo, se calientan en silencio. La necesidad los une. Sin embargo, en los días hermosos, con el sol resplandeciente y abundante, pian cuanto pueden, se persiguen, se golpean y se machucan. Así es el hombre.

Dócil, afectuoso para con sus semejantes en los días de tristeza, la posesión de los bienes materiales muchas veces los torna olvidadizo e insensible.

Una condición modesta hace al espíritu más deseoso de progresar, de adquirir las virtudes necesarias para su adelantamiento moral. Lejos del torbellino de los placeres fugaces, el juzgará mejor la vida, dará a la materia lo que es necesario para la conservación de sus órganos, sin embargo evitará caer en hábitos perniciosos, tornarse presa de las innumerables necesidades ficticias que son el flagelo de la humanidad. El será sobrio y laborioso, contentándose con poco, apegándose a los placeres de la inteligencia y a las alegrías del corazón.

Fortificado así contra los asaltos de la materia, el sabio, bajo la pura luz de la razón, verá resplandecer su destino. Esclarecido en cuanto al objetivo de la vida y al porqué de las cosas, quedará firme y resignado ante el dolor, que el aprovechará para su depuración y su progreso.

Enfrentará la prueba con coraje, sabiendo que ella es saludable, que ella es el choque que rasga nuestras almas y que solo por este rasgón derrama toda cuanta hiel y amargura que hay en nosotros.

Y si los hombres se ríen de él, si él es víctima de la intriga y de la injusticia, aprenderá a soportar, pacientemente, sus males, lanzando sus miradas, para lo Alto. ¡Oh! nuestros hermanos

mayores, para Sócrates bebiendo la cicuta, para Jesús crucificado y para Juana en la hoguera. Habrá consuelo en el recuerdo de que los más grandes, los más virtuosos y los más dignos sufrieron y murieron por la humanidad.

Tras una existencia bien terminada, llegará la hora solemne y es con calma, sin disgustos, que vendrá la muerte. A muerte que los hombres cercan con un siniestro aparato, la muerte, espantapájaros de los poderosos y sensuales y que para el pensador austero es la liberación, la hora de la transformación, la puerta que se abre para el imperio luminoso de los espíritus.

Ese pórtico de las regiones extraterrestres será penetrado con serenidad, si la conciencia, separada de la sombra de la materia, se yergue como un juez, representante de Dios, preguntando:

“¿Qué hiciste de la vida?” y el responderá: “Luche, sufrí, ame!

Enseñe el bien, la verdad y la justicia; di a mis hermanos el ejemplo de lo correcto y de la dulzura; alivie los dolores de los que sufren y consolé a los que lloran. ¡Ahora, que el Eterno me juzgue, pues estoy en sus manos!

Hombre, hermano mío, ten fe en tú destino, porque él es grande. Confía en las amplias perspectivas, porque él pone en tú pensamiento la energía necesaria para enfrentar los vientos y las tempestades del mundo. Camina, valiente luchador, sube la pendiente que conduce a esos picos que se llaman virtud, deber y sacrificio. No te pares en el camino para recoger las flores del campo, para jugar con los guijarros dorados. Adelante, siempre adelante.

Mira en los espléndidos cielos esas estrellas brillantes, esos incontables soles que llevan, en sus prodigiosas evoluciones, procesiones resplandecientes de planetas. Cuantos siglos acumulados fueron necesarios para formarlos y cuántos siglos se necesitarán para disolverlos.

Pues bien, llegará un día en que todos esos soles serán extinguidos, o esos mundos gigantescos desaparecerán para dar lugar a nuevos globos y a otras familias de astros emergiendo de las profundidades. Nada de que ves hoy existirá. El viento de los espacios habrá barrido para siempre el polvo de estos mundos, pero tu vivirás para siempre, continuando tu eterna marcha en el seno de una creación renovada

incesantemente. ¿Qué serán entonces, para tu alma purificada y agrandada, las sombras y los cuidados del presente? Accidentes fugaces de nuestro caminar, que solo dejarán, en el fondo de nuestra memoria, tristes y dulces recuerdos.

Frente a los infinitos horizontes de la inmortalidad, los males del pasado y las pruebas sufridas serán como una nube fugaz en medio de un cielo sereno.

Considera, por tanto, en su justo valor, las cosas de la Tierra.

No las desdeñes porque, sin duda, ellas son necesarias para tú progreso y tú obra es contribuir para su perfeccionamiento, mejorándote a ti mismo, más que tú alma no se agarre exclusivamente a ellas y que busque, ante todo, las enseñanzas en ellas contenidas.

Gracias a ellas comprenderás que el objetivo de la vida no es el gozo, ni la felicidad, más si el desenvolvimiento por medio del trabajo, del estudio y del cumplimiento del deber, de esa alma, de esa personalidad que encontrarás más Allá del túmulo, tal como lo hayas realizado, tú mismo, en el curso de esta existencia terrestre.

FIN